
CRÓNICA DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Resumen de L'Osservatore de 26 de Agosto de 2005

Jueves, 18 de agosto

Después de descansar en el arzobispado, lugar de su residencia en estos días, a las cuatro y media de la tarde se trasladó en coche al muelle del Rodenkirchenerbrücke, distante 8 kilómetros, para la fiesta de acogida de los jóvenes. Estos se habían preparado, acompañados por sus obispos y guiados por ellos, participando en las catequesis, agrupados según las lenguas en diferentes iglesias de Colonia, Bonn y Düsseldorf, dedicando muchas horas a la adoración del Santísimo y gran cantidad de ellos acercándose a recibir el sacramento de la reconciliación (setecientos sacerdotes estuvieron a su disposición).

El Papa Se embarcó en el «Rhein Energie», juntamente con el séquito; un grupo de cerca de doscientos jóvenes con las banderas de todas las naciones participantes (ciento noventa y tres) y

una representación de periodistas, e inició la navegación por el Rhin. En la proa del barco destacaban los dos símbolos de las Jornadas: la cruz de los jóvenes y el icono de la Virgen María con el Niño. Juntamente con el Santo Padre se hallaban los cardenales Angelo Sodano, secretario de Estado; Joachim Meisner, arzobispo de Colonia; Karl Lehmann, obispo de Maguncia y presidente de la Conferencia episcopal; y Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos; y muchos otros arzobispos y obispos.

La fiesta de acogida de los jóvenes comenzó a las cinco de la tarde. Tuvo por tema: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?» (Mt 2,2).

El barco del Papa iba escoltado por otros cinco barcos, que representaban a los cinco continentes. A mitad del recorrido, la embarcación se detuvo delante del muelle del «Poller Rheinwiesen»,

donde se habían congregado trescientos mil jóvenes. A lo largo del trayecto, Benedicto XVI fue saludando a los jóvenes de diferentes continentes que se hallaban en la nave, los cuales le explicaban sus proyectos y le pedían su bendición para llevarlos a la práctica; otras veces se ponía de pie para saludar a los miles de jóvenes que se hallaban en las riberas del río.

Después del himno de la Jornada: «Venimus adorare eum», compuesto por Gregor Linssen y del canto «Benissez le Seigneur», dos jóvenes le dirigieron unas palabras en alemán e inglés. A continuación, el cardenal Karl Lehmann pronunció unas palabras de saludo y agradecimiento. Luego se leyó un pasaje del Nuevo Testamento, tomado de Mt 2,1-9: la visita de los Reyes Magos. El Vicario de Cristo pronunció, en alemán, inglés, francés, español e italiano un discurso. Impresionaron especialmente a los jóvenes las palabras con las que el Santo Padre los exhortó a abrir de par en par las puertas del corazón a Dios, a dejarse sorprender por Cristo, a concederle el derecho a hablarles durante estos días, a abrir las puertas de su libertad a su amor misericordioso; a exponer a Cristo sus alegrías y penas, dejando que él ilumine con su luz sus mentes y toque con su gracia sus corazones. El Papa los invitó a vivir la experiencia liberadora de la Iglesia como lugar de la misericordia y de la ternura de Dios. Se dirigió también a cuantos no están bautizados, no conocen a Cristo o no se reconocen en la Iglesia. Recordó, con gran afecto a Juan Pablo II, que fue el iniciador de las Jornadas.

A continuación, se reanudó la navegación hasta el muelle del Rheinpark, mientras se cantaba «Jesus Christ, you are my life», que recordaba la experiencia jubilar de la Jornada de la juventud celebrada en Roma, en Tor Vergata, durante el gran jubileo del año 2000.

A las 18.00, Su Santidad llegó al muelle del Hohenzollernbrücke. Al desembarcar fue acogido por el alcalde de Colonia, Fritz Schramma, y firmó en el libro de oro de la ciudad. Benedicto XVI hizo el recorrido de 600 metros hasta la catedral, acompañado por un grupo de jóvenes con la cruz y el icono mariano de las Jornadas mundiales de la juventud, y por el séquito.

Delante del templo lo acogió el párroco, mons. Norbert Feldhoff, y el cabildo. Su Santidad entró en la catedral por la puerta central y recorrió la nave saludando a centenares de personas enfermas. El coro cantó «La estrella de Dios nos ilumine» y el salmo 72. El Romano Pontífice se arrodilló ante el Santísimo, veneró las reliquias de los Reyes Magos y se detuvo ante el crucifijo de Gero, considerado el más antiguo tallado en Occidente. Tomó asiento en la llamada «silla del Papa», el primer escaño del coro, que, desde el año 1049 se «reserva» para el Sucesor de Pedro. Esta singular tradición –signo de unidad y comunión– es fruto de la visita que realizó el Papa León IX en el año 1049. Según ella, el Vicario de Cristo forma también parte del cabildo de la catedral de Colonia.

Benedicto XVI salió de la catedral por una puerta lateral, que da a la plaza Roncalli, dedicada a Juan XXIII. Fue

acogido con las notas del himno de la Jornada. Con la mirada y con los gestos abrazó y bendijo a las más de treinta mil personas allí presentes. Todas las calles que confluyen en la plaza estaban abarrotadas. Fue impresionante el testimonio de afecto que Colonia tributó a Benedicto XVI. Junto al Papa se encontraban los jóvenes, que lo habían acompañado en la fiesta de acogida. Estaban también presentes numerosos cardenales, arzobispos y obispos de todo el mundo. El cardenal Meisner saludó al Santo Padre en nombre de la archidiócesis y de todos los jóvenes peregrinos. El Vicario de Cristo pronunció un discurso en el que los exhortó a dejarse inflamar por el fuego del Espíritu a fin de que un nuevo Pentecostés encienda sus corazones y renueve la Iglesia. Con particular afecto se recordó en la plegaria al hermano Roger de Taizé, asesinado el 16 de agosto: cada día, las iglesias de Santa Inés en Colonia y San Martín en Bonn, donde la comunidad de Taizé tenía centros de oración, estaban llenos de jóvenes que deseaban manifestar su gratitud al humilde «hermano» que entregó su vida por la causa de la verdad y de la comunión. El rezo del padre nuestro y del avemaría precedió a la bendición apostólica impartida por el Santo Padre.

Al final del encuentro en la plaza Roncalli, Su Santidad entró nuevamente en la catedral, bajó a la cripta, oró ante las tumbas de los cardenales Joseph Frings –que llevó al joven sacerdote Ratzinger como teólogo al concilio Vaticano II– y Joseph Höffner, a quien el Papa trató frecuentemente en su ser-

vicio eclesial Poco antes de las ocho de la tarde regresó al arzobispado en el coche panorámico, saludando a los cientos de miles de jóvenes que lo esperaban por las calles del centro de la ciudad.

Viernes, día 19

Después de celebrar la misa en la capilla del arzobispado, a la que asistieron veinte jóvenes del comité organizador de la Jornada, Su Santidad se trasladó en coche a la Villa Hanimerschmidt de Bonn, para una visita de cortesía al presidente de la República federal de Alemania, Horst Köhler. Llegó a las 10.30. Fue acogido por el presidente, acompañado de su esposa. Firmó en el libro de oro, y a continuación tuvo lugar un coloquio privado. Siguió la presentación de la familia y de las delegaciones, y el intercambio de dones. Terminada la visita, el presidente y su esposa acompañaron a Su Santidad hasta el coche.

Desde allí, el Romano Pontífice se trasladó a la sinagoga de Colonia. La comunidad judía de Colonia es la más antigua de Alemania y de Europa centro-septentrional; aparece ya mencionada en el año 321. Actualmente la comunidad judía de Colonia es una de las más numerosas de Alemania: forman parte de ella más de cuatro mil personas. Acogieron al Papa Benedicto XVI Abraham Lehrer, miembro del Consejo de presidencia de la comunidad judía, el rabino Netanel Teitelbaum y los tres presidentes de la comunidad judía. Juntos subieron al primer piso, a la sala de la Memoria, que recuerda en especial a las víctimas de la comunidad judía de

Colonia. Al inicio del acto se cantó en arameo el «Kaddis»; se leyó el capítulo primero del libro del Génesis y, a continuación, se cantó el salmo 22: «El Señor es mi pastor»; luego, se escuchó el sonido del cuerno, símbolo de la paz. Abraham Lehrer le dirigió unas palabras de bienvenida, en las que –entre otras cosas– destacó la importancia religiosa y política de la visita del Romano Pontífice, hizo un resumen de la historia del judaísmo en Alemania, definió a Benedicto XVI constructor de puentes, aludió a la declaración conciliar «Nostra aetate» y a la visita de Juan Pablo II a la sinagoga de Roma. Intervino a continuación el rabino Netanel Teitelbaum, que dijo que la visita del Papa era un signo de esperanza y de paz, y un paso en el camino de la edificación espiritual del tercer templo de Jerusalén, y que al mismo tiempo posee una gran fuerza simbólica. Las palabras del discurso de Benedicto XVI fueron muy bien acogidas. Al final, el Papa saludó personalmente a un grupo de colaboradores comprometidos especialmente en la integración de los judíos que viven en Alemania, que provienen de los países del Este europeo, y también a algunas personas que habían estado en los campos de concentración durante la segunda guerra mundial, como la madre de Abraham Lehrer. Al final de la visita se cantó la bendición de Aarón: «Da paz».

Estuvieron presentes numerosas autoridades civiles y representantes de las comunidades judías, el séquito papal y el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo emérito de París. Los

dones que se intercambiaron fueron los siguientes: el Papa entregó un facsímil del Códice Vaticano de la sagrada Escritura; y el presidente Lehrer, un cuerno judío.

El Santo Padre regresó a la residencia arzobispal, donde almorzó con un grupo de doce jóvenes: dos alemanes y dos de cada uno de los cinco continentes. Estuvo también mons. Franz-Josef Hermann Bode, obispo de Osnabrück y presidente de la comisión episcopal para la pastoral juvenil.

Por la tarde, fue a la iglesia de San Pantaleón, distante dos kilómetros y medio del arzobispado, para celebrar un encuentro con los seminaristas.

El Papa Benedicto XVI fue acogido por el párroco y algunos representantes de la comunidad parroquial. Estaban allí reunidos alrededor de tres mil seminaristas, provenientes de diversos países, con los que rezó las Vísperas. Fue una gran oración para pedir el don de las vocaciones. La acogida fue muy entusiasta y conmovedora. El Papa se detuvo a saludar a un niño de seis años enfermo de leucemia. Después del saludo litúrgico, pronunció unas palabras de saludo y agradecimiento un seminarista de la diócesis de Colonia; se cantó la primera parte del salmo 145. Un seminarista alemán dio un testimonio. Seguidamente se cantó la segunda parte de dicho salmo y un sacerdote de Kazajstán presentó su testimonio. Después se cantó el cántico y el cardenal Marc Ouellet, arzobispo de Québec, presentó el suyo. Al terminar la lectura, tomada de la segunda carta de San Pablo a Timoteo, Su Santidad pronun-

ció en alemán, francés, inglés, italiano y español la homilía Prosiguió el rezo de Vísperas con el responsorio del canto del Magníficat, las peticiones, el padrenuestro y la oración final con la bendición.

Antes de regresar al arzobispado, a las 18.40, el Santo Padre tuvo también un *Encuentro ecuménico* con cerca de treinta representantes de las diversas confesiones cristianas de Alemania. Comenzó con el saludo del presidente de la Conferencia episcopal alemana, cardenal Karl Lehmann, y el del obispo luterano de Berlín, Wolfgang Huber. Benedicto XVI pronunció su discurso. Al final, saludó personalmente a todos. El acto se concluyó con el rezo del padrenuestro.

Al final del día los jóvenes, siguiendo el programa de actividades, hicieron el vía crucis, que tuvo por tema: «Él se ha cruzado en nuestro camino» en 450 lugares de la archidiócesis.

Sábado, día 20

En la misa que Benedicto XVI celebró por la mañana en la capilla del arzobispado participaron veinte religiosos y religiosas, en representación de todos los miembros de la vida consagrada.

A las 10.00, el Santo Padre recibió en audiencia sucesivamente a las autoridades políticas de Alemania.

A las 18.00, en el arzobispado, Su Santidad recibió a representantes de algunas comunidades musulmanas encabezados por el presidente de la Unión turco-islámica del Instituto de la

religión, Ridvan Cakir. Los musulmanes presentes en Alemania son algo más de tres millones.

A las 19.00, el Vicario de Cristo fue en coche a la explanada de Marienfeld, a las afueras de la ciudad, distante unos 30 kilómetros, para la vigilia de oración con los jóvenes. El acto comenzó a las 20.30.

Entre los muchos mensajes que le llegaron al Santo Padre de diferentes partes del mundo, hubo uno con un significado especial: se trata del que le enviaron los jóvenes cristianos de Bagdad, pertenecientes a diversos grupos, que, juntamente con algunos coetáneos ortodoxos, se reunieron en la catedral de la capital de Irak, uniéndose espiritualmente al millón de jóvenes congregados en Colonia. He aquí el texto: «También nosotros, jóvenes cristianos de Bagdad, después de una adecuada preparación, con espíritu de fraterna unión a Vuestra Santidad y a los jóvenes congregados en Colonia, hemos querido celebrar en oración, reflexión y gozosa fiesta esta Jornada mundial de la juventud. También nosotros estamos reunidos para conocer al Señor y preguntarle qué desea de nosotros en este momento tan difícil para nuestro país. Nos acompaña la exhortación de Jesús: “¡Ánimo!, no tengáis miedo”, que Vuestra Santidad volvió a proponer al comienzo de su pontificado. Al mismo tiempo que deseamos hacer llegar nuestro afectuoso saludo a los jóvenes que están en Colonia, pedimos a Vuestra Santidad la bendición apostólica y nos unimos espiritualmente a las celebraciones en esa ciudad».

Es importante que en la Jornada mundial de la juventud hayan participado también jóvenes protestantes y ortodoxos. Se trató de verdaderos testimonios de diálogo ecuménico práctico, realmente estimulantes, que abren grandes horizontes de esperanza. La noticia de la muerte del hermano Roger de Taizé suscitó gran conmoción en el movimiento ecuménico.

Al llegar a la explanada de Marienfeld («Campo de María»), Su Santidad saludó a los obispos huéspedes, alrededor de ochocientos. Dio una vuelta por la explanada, saludando a los jóvenes. Diecinueve mil lamparitas iluminaban la noche. Para la celebración se construyó «una catedral para sólo un día»; había veintisiete columnas iluminadas, que simbolizaban las veintisiete diócesis con que cuenta Alemania. El altar estaba colocado en una colina, a la que se había llevado tierra de todas las diócesis alemanas y de países de todos los continentes.

Una vez que el papa ocupó la cátedra, un grupo de jóvenes entró con la cruz. El saludo litúrgico del Santo Padre introdujo la celebración. Siguió el canto del himno «Jesús Christus, you are my life». A continuación el Vicario de Cristo bendijo una campana dedicada a Juan Pablo II, el iniciador de las jornadas. Tiene una inscripción que dice: «¡Oh Dios, te alabo! ¡Oh Dios, te proclamo! El papa me ha bendecido. Seré llamada Juan Pablo II». Fue llevada a la parroquia dedicada a los Doce Apóstoles. Mientras tocaban la campana, el coro y la asamblea cantaban en diferentes lenguas «Laudate, omnes

gentes». Luego se rezó el salmo 139 y varios jóvenes dieron su testimonio en diferentes lenguas. Siguió la lectura del pasaje del evangelio según san Mateo (Mt 2,1-11) de la adoración de los Magos, terminada la cual se repitió en alemán, inglés, francés, español, italiano y polaco el versículo 11: «Entraron en la casa; vieron al niño con María, su madre y, postrándose, lo adoraron», alternando entre las lenguas el canto «Alleluia». El Santo Padre pronunció la homilía.

A continuación fue llevado al palco el icono mariano de las Jornadas y colocado junto a la cruz. Se rezó el avemaría en cinco lenguas: alemán, inglés, francés, español e italiano. Se cantó el himno «Akathistos» y el Magnificat.

Siguió la celebración de la luz: un joven de Tierra Santa y un scouts alemán llevaron al Romano Pontífice la «luz de Belén», traída de la gruta de Belén a Alemania en el Adviento de 2004. con ella se distribuyó la luz a toda la asamblea. Se cantó «En medio de la noche».

Tuvo lugar luego la adoración eucarística. Fue llevada en procesión la custodia con el santísimo Sacramento. Se cantó en diversas lenguas el salmo 8. Durante la oración de los fieles (que se hizo en lituano, holandés, chino, alemán, polaco y árabe) se presentaron al Santo Padre los textos de las oraciones escritas por los jóvenes durante la Jornada en las diferentes iglesias del «centro espiritual». La vigilia concluyó, cerca de las once de la noche, con un breve acto de adoración y la bendición con el Santísimo, impartida por el Papa.

El Santísimo fue llevado a una carpa, donde durante la noche los jóvenes pudieron hacer adoración por turnos. Junto a esta carpa había otra, dedicada a las confesiones, y por la que durante toda la noche fueron pasando, sin cesar, miles de jóvenes para recibir el sacramento de la reconciliación.

Domingo, día 21

El momento culminante de la Jornada fue la celebración de la misa con la que se clausuró la XX Jornada mundial de la juventud y en la que, según los cálculos, participaron más de un millón de personas.

Pocos minutos antes de las diez de la mañana, las gigantescas pantallas colocadas en diversas partes de la explanada mostraron la llegada del Papa Benedicto XVI a Marienfeld. Inmediatamente comenzó la celebración. Asistió el presidente de la República y otras autoridades políticas y civiles. Concelebraron cincuenta cardenales, alrededor de ochocientos obispos y cerca de diez mil sacerdotes. Al comienzo de la misa, el cardenal Joachim Meisner dirigió al Santo Padre unas palabras. El Papa Benedicto XVI pronunció la homilía en alemán, inglés, francés, italiano y español. La profesión de fe se hizo en forma dialogada y la introdujo mons. Stanislaw Rylko. La plegaria de los fieles se proclamó en portugués, bambara, thai, ucranio e italiano. En el ofertorio, junto con el pan y el vino, se presentaron las ofrendas de los Magos: oro (representado por un cáliz), incienso y mirra (representada por un ramo de Tierra Santa).

Al final de la celebración eucarística y antes del rezo de la plegaria mariana del Angelus, mons. Rylko dirigió a Benedicto XVI unas palabras en las que le presentó a los jóvenes de la Jornada que esperaban el envío misionero. Terminó diciendo: «Al concluirse la Jornada mundial de la juventud 2005, los jóvenes que están ante usted arden en deseos de ser enviados por Su Santidad al mundo entero para dar testimonio de Cristo, Redentor del hombre. Todos están preparados para partir de Colonia como jóvenes apóstoles del tercer milenio». En la alocución pronunciada por Su Santidad anunció que el próximo encuentro mundial se celebrará en Sidney (Australia) en el año 2008. Después de impartir la bendición, añadió saludos en francés, inglés, español, italiano, polaco, portugués, filipino, suahili y alemán.

El cardenal Meisner fue entregando a jóvenes de los cinco continentes el mandato misionero, representado en el logotipo de la Jornada. Después de esta entrega simbólica, Benedicto XVI se dirigió a los jóvenes con estas palabras: «Ha llegado el momento de despedirnos. Todos volvemos a nuestra vida diaria: a nuestras familias y a nuestros amigos, a nuestras comunidades, a nuestras escuelas, universidades y puestos de trabajo. Llevad con vosotros la experiencia que habéis adquirido durante esta Jornada mundial de la juventud. Proclamad, con palabras y obras, a todas las personas que encontréis: “Hemos visto su estrella. Hemos buscado a Jesús y lo hemos encontrado”».

Significativa la presencia de representantes de otras Iglesias y confesiones

cristianas. El último gesto de Benedicto XVI en Marienfeld fue el saludo a seis hermanos de la comunidad de Taizé.

Los jóvenes se pusieron en marcha para volver a su país, como los Magos, «por otro camino», el del testimonio; saben que la estrella que tienen que seguir es Cristo; saben que no están solos, porque con ellos camina la Iglesia, con ellos están los santos. No tienen miedo de caminar contra corriente».

Eran ya las 13 cuando el Vicario de Cristo dejó la explanada y se retiró al arzobispado.

Poco antes de las 17, se trasladó al Aula magna del seminario, de la archidiócesis de Colonia. Allí se reunió con los obispos alemanes. El Papa, después de escuchar las palabras del presidente de la Conferencia episcopal, el cardenal Lehmann, pronunció un discurso. Luego, dio un cordial abrazo a cada uno de los obispos.

A continuación, en el patio interior del arzobispado, se despidió del comité organizador de la XX Jornada mundial de la juventud, al que agradeció de corazón su trabajo e impartió su bendición.

Su Santidad dejó su residencia y se fue directamente al aeropuerto internacional «Konrad Adenauer» de Colonia/Bonn para la ceremonia de despedida.

Allí fue acogido por el presidente de la República, acompañado de su esposa. Ambos se dirigieron al podio y, tras el discurso del presidente Horst Köhler, Benedicto XVI leyó un discurso. En el aeropuerto estuvieron presentes numerosas autoridades y representantes del Cuerpo diplomático, cardenales, obispos y gran multitud de jóvenes que, con

sus cantos y pancartas, testimoniaron su gran afecto al Sucesor de Pedro. El Santo Padre les dijo: «¡Sois ciertamente incansables; es hermoso!».

Con particular afecto Benedicto XVI se despidió de los cardenales Meisner y Lemann, y del arzobispo Erwin Ender, nuncio apostólico en Alemania. El presidente y su esposa lo acompañaron hasta la escalerilla del avión.

Pasaban unos minutos de las 19.30 cuando el avión despegó.

Al entrar en el espacio aéreo de la República italiana, el Romano Pontífice envió al presidente de la nación, Carlo Azeglio Ciampi, el siguiente telegrama: «Al volver de mi primer viaje apostólico fuera de Italia, que me ha llevado a mi patria, en particular a Colonia, donde me he encontrado con jóvenes de todo el mundo dispuestos a esforzarse por crear un futuro arraigado en los perennes valores cristianos, doy gracias a Dios por esta providencial oportunidad y le envío de corazón a usted, señor presidente, y a la querida nación italiana mi cordial saludo, asegurando a todos una oración especial».

El avión aterrizó en el aeropuerto romano de Ciampino poco antes de las diez de la noche. Le esperaban los arzobispos Giovanni Lajolo, secretario para las Relaciones con los Estados; James Michael Harvey, prefecto de la Casa pontificia; y otros obispos y representantes del gobierno encabezados por Gianni Letta.

Así se concluyó el primer viaje apostólico internacional del Santo Padre Benedicto XVI.